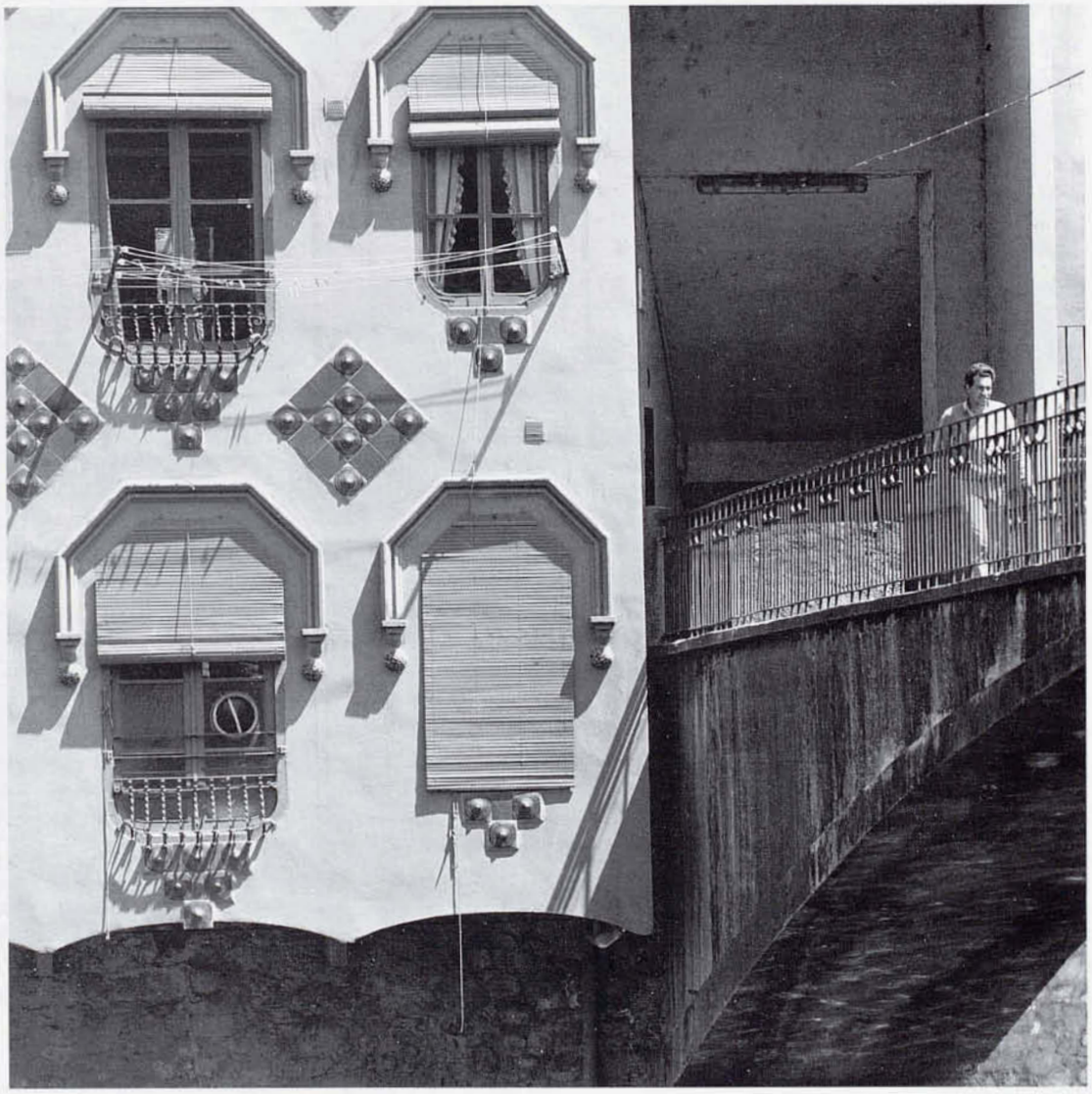
GERONA: CÁSCARA ARRUGADA, DULCÍSIMO INTERIOR

EUGENI D'ORS DIJO DE GERONA: "ERES, CIUDAD, UNA SECA NUEZ, DE CÁSCARA PEQUEÑA Y ARRUGADA, PERO BLANCA POR DENTRO, TIERNA, LECHOSA, DULCÍSIMA".

JOSEP MARIA FONALLERAS ESCRITOR



ELOI RONJOCH

© ELOI BONJOCH

Gerona es una pequeña ciudad (no llega a los cien mil habitantes), asentada en un terreno ligeramente inclinado, dominada por una catedral que es una enorme atalaya, con cuatro ríos zigzagueantes (que le conceden un clima especialmente húmedo) y con una posición estratégica que fue origen de buena parte de su actual constitución.

Esta posición nos da las claves históricas para entender la óptica con que se observó el nacimiento de la Gerona contemporánea. Durante la invasión napoleónica (1808), Gerona sufrió diversos sitios que contribuyeron, años más tarde, a configurar una imagen heroica (de un heroísmo enloquecido casi), conservadora e intolerante. Así, Gerona, una Gerona amurallada y levítica, contempló el siglo XIX encerrada en sí misma, y el mito de la ciudad negra, gris, pétrea e inmortal hizo fortuna entre los poetas (especialmente, los modernistas) que llegaron a compararla con la sordidez de la Brujas flamenca.

El derribo de las murallas que la rodeaban (finales del XIX, primeros años del XX) coincidió con un esplendor cultural que prosiguió hasta la Guerra Civil española. Gerona dejó de ser un clisé tremendista y adquirió las características de un "insistente civilismo" que, basado en ideas de progreso y racionalidad, había sido introducido en el país por el "Noucentisme" de Eugeni d'Ors. El mismo d'Ors dijo de Gerona: "Eres, ciudad, una seca nuez de cáscara pequeña y arrugada, pero blanca por dentro, tierna, lechosa, dulcísima".

Después del paréntesis (yermo, desolado y aburrido) de la dictadura franquista, con un considerable lastre económico y social (sobre todo por lo que se refiere al caos urbanístico y a las escasísimas oportunidades intelectuales), Gerona recupera la ilusión de llegar a ser un prototipo de urbe básicamente interesada en una oferta cultural.

La revitalización del barrio antiguo (con un *call* judío especialmente notable, en el que se ubicaba una escuela de cábala y en donde el sabio Bonastruc de Porta llevaba a cabo sus trabajos), la incidencia municipal en zonas de la ciudad que son emblemáticas, una creciente actividad literaria, artística y arquitectónica, y el decidido empeño de llegar al 2000 con una ordenación racional del suelo y de los espacios urbanos, han permitido que Gerona contemple el futuro con unas perspectivas optimistas.

Diversos escritores, periodistas y políticos han hablado de Gerona como de la Florencia catalana, con la intención de dar especial importancia a la carga cultural del proyecto. Lo cierto es, sin embargo, que esta similitud, por el momento, se reduce a un parecido de tipo estético. Gerona tiene un río, el Onyar, flanqueado por un conjunto de casas que se hacinan y hacen pensar en la decoración del Arno toscano. Recientemente, estas casas han perdido un cierto tono gris que las hacía uniforme y han sido pintadas de nuevo, dando como resultado una mayor identificación plástica con la ciudad italiana. Dejando al margen este cambio cromático (que terminó "de facto" con la visión de una Gerona apagada, y que provocó cierto alboroto entre defensores y detractores), dejando al margen los vínculos estéticos, lo que la ciudad se plantea realmente es llegar a ser una alternativa válida para la macrocefalia barcelonesa, convirtiéndose en un crisol de iniciativas, sin olvidar que es un lugar ideal para trabajar, tan alejada del desenfreno metropolitano como de la placidez bucólica del campo.

Para poder consolidar este objetivo, Gerona debe rechazar, todavía, los esquemas que la convirtieron en un mito decadente: la preponderancia de un estamento de tenderos rígidos, el inmenso lastre de un espíritu mediocre y la cáscara arrugada que escondía con mucho esmero su dulcísimo interior.

Aspectos, todos ellos, de una Gerona fúnebre que permitieron a un escritor del país —Joaquim Ruyra— situar un hipotético fin del mundo (con toda la carga dantesca que puede suponerse) en la pequeña y delicada ciudad, bañada por los cuatro zigzagueantes ríos. ■